

PIENSA BIEN Y ACERTARÁS

Categoría: 1º y 2º ESO

Pseudónimo: Lavoisier

Modalidad: Castellano

En mi vida imaginé un lugar tan oscuro. No hay nada de luz, absolutamente nada. No hay ni un solo orificio que me comunique con el exterior. No sé dónde estoy. Solo sé que el suelo es térreo y seco, y que está muy frío. Estoy tendido boca arriba, sin tan siquiera una piedra haciendo las veces de almohada.

Llevo cuatro días aquí. O puede que tres, o quizá tan solo dos. He perdido la noción del tiempo. Tengo frío y estoy hambriento. Me quema la garganta, me duele todo el cuerpo. Me falta el aire y no siento las piernas. Quiero gritar, llorar, quiero descargar toda mi fuerza contra la puerta que impide mi salida. Pero ya no tengo fuerzas para nada. No soporto más esta quietud. Quiero que pase algo, no puedo esperar más. He perdido toda esperanza de que las personas que me han encerrado sientan piedad hacia mí y me dejen marchar de este cuartucho inmundo. Seguramente no me despertaré del próximo sueño.

Lo que más me duele de esto es que mi hija perderá esa sonrisa contagiosa que luce permanentemente en su cara, y que mi mujer vivirá afligida durante el resto de su vida, criando sola al niño que nacerá en pocos meses. ¿Por qué lo hice, por qué? Éramos felices en aquel apartamento de las afueras de Boston. No nos sobraba el dinero, pero nunca nos faltó lo esencial. Maldigo la avaricia humana que muchas veces nos hace anteponer las riquezas a la familia y a la propia vida. Todo por culpa de ese traidor al que alguna vez consideré amigo. ¡Maldita sea! ¿Por qué le hice caso, por qué me dejé embaucar?

6 MESES ANTES:

– ¿Frank?

– Sí, soy yo.

– Hola Frank. Soy Patrick. Lo he estado pensando. –hice una breve pausa– Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí, pero prefiero quedarme en casa cuidando de mi familia. Mi madre está muy enferma, pronto morirá. Espero que lo entiendas.

– ¿Que lo entienda? ¿Sabes lo que me ha costado conseguir el maldito contrato? – respondió furioso – He movido cielo y tierra. Les he hablado muy bien de ti. ¿Ahora me vas a defraudar? ¡Solo tienes que firmar! Lo demás es muy fácil. Haces unos cuantos viajes, conoces lugares pintorescos y ganas un montón de pasta. ¿No suena genial?

– ¿Y para qué quiero yo tanto dinero?

– Para mantener a tu familia, para sacarlos de esa sucia chabola en la que vivís.

– No vivimos en una sucia chabola.– repliqué ofendido.– No quiero pasar tanto tiempo lejos de mi gente. Además, mi mujer está embarazada y quiero ver nacer a mi segundo hijo.

– ¿Y también quieres hacerle pasar miserias? De mayor pensará que su padre es un inútil que no ha sido capaz de luchar por su familia.– inquirió, buscando la manera de persuadirme.

– ¿Que no lucho por mi familia? ¡Trabajo doce horas al día conduciendo un autobús y transportando a turistas impertinentes por un mísero sueldo!

– Tú lo has dicho, recibes un sueldo mísero. Por la labor que yo te ofrezco te pagarán mucho más.

– Prefiero dedicarme a un empleo legal.

– Te espero a las siete en el bar South, en la calle Dorchester número 70. Si no vienes a firmar el contrato, olvídate de mí para siempre.

– Pero...

El molesto pitido intermitente del teléfono me indicó que había colgado e interrumpió mi intervención, que de poco iba a servir, pues ya no sabía que decir en ella.

Estuve dándole vueltas al asunto toda la tarde. Encontré muchos inconvenientes y pocas ventajas. Pero, sorprendentemente acudí a la cita, no sé muy bien si por conseguir el dinero o por no traicionar a Frank después de todo lo que había luchado para conseguir mi contrato. Nunca hablé de ello con mi familia. Sabía perfectamente lo que iban a opinar. Me limité a dejarles una nota en la que explicaba que iba a estar un año fuera por el bien de la familia, extrañándoles en cada despertar.

Llegué tarde, pero él seguía esperando, con la certeza de que iba a asistir. Me conocía a la perfección. Entré al local y me senté junto a él. No tardó en sacar el contrato.

– Ahora sí que no puedes echarte atrás. Nos han pagado por adelantado. Si no les llevamos la mercancía, ya sabes lo que ocurrirá. – desplazó su dedo índice extendido por su cuello para indicarme las terribles consecuencias que podría acarrear el hecho de timarles.

Tenía que firmar, no había alternativa. Estábamos hablando de mucho dinero y no quería que mi conciencia cargase con la muerte de personas. Tomé el contrato entre mis manos con intención de leerlo detenidamente. Frank profirió.

– ¿No confías en mí? Ya te expliqué todo, pero volveré a hacerlo. Como bien sabes, deberás llegar a Papuldo, en Chile, haciendo auto-stop y alojándote en pequeños hostales. Allí te darán la droga y los billetes de avión que te servirán para viajar de Buenos Aires a Rabat y para volver posteriormente. Desde Papuldo irás hasta la capital Argentina haciendo auto-stop también. Debes estar en Rabat antes de 5 meses, así que debes apresurarte. Te dirigirás a la dirección que ya tienes apuntada. Les darás la droga y regresarás a Boston en un vuelo directo desde Rabat tres días después.

>> Para superar los controles llevarás la droga escondida en tu ropa y en tus maletas. Debes ser muy cuidadoso. Te he dejado algunos consejos sobre ello en el equipaje.

– ¿Cuándo partiré?

– Cuanto antes mejor, está todo preparado ya.

Aquella misma noche, después de coger el equipaje, el dinero y los mapas, inicié mi viaje. Tuve suerte. Tardé solo dos meses y medio en llegar hasta Papuldo, gracias a la solidaridad de la gente que accedía a transportarme en su coche. Solía dormir en repugnantes y malolientes posadas por un precio muy bajo, aunque, en ocasiones, especialmente en México, las señoras ancianas hacían gala de su misericordia y me acogían en sus confortables casas sin pagar nada a cambio. Lo más duro fue cruzar los Andes. Una vez conseguida la droga, volví a cruzar esta cordillera y, pasados dos meses, llegué a Buenos Aires. Esta vez me lo tomé con más tranquilidad.

En el aeropuerto, logré pasar los controles. La afluencia de gente era muy grande en aquella época veraniega, así que los agentes no empleaban gran cantidad de tiempo incautando droga. Tras varias horas en el avión, llegué a Rabat. No entendía el idioma, por lo que no encontré la dirección hasta pasados dos días. Esas noches fueron las peores de mi viaje. Tuve que dormir en la calle, con una temperatura de unos gélidos 9 grados, –en marruecos era invierno– cubierto por cartones. Ya no me quedaba suficiente dinero para hospedarme en un hostel.

Me repetía constantemente que todo esto valía la pena, que pronto estaría en Boston con mi familia, disfrutando del dinero que me pagarían los cómplices de Frank. En una de esas noches, me acordé de que habían pasado nueve meses desde que mi mujer y yo concebimos a nuestro hijo, por lo ^{que}era posible que ya hubiese dado a luz. Me sentí profundamente compungido por no poder estar allí.

Llamé a la puerta de la casa de los clientes. No mucho después salió un hombre joven, desaseado y robusto, con expresión severa. Su rostro denotaba su ansiedad. Ya sabía quién era yo, le habían hablado de mí. Saqué la droga mientras manifestaba su impaciencia con palabras en árabe y resoplidos. Se la entregué y me di la vuelta disponiéndome a regresar hacia el aeropuerto, pues el vuelo salía en tres horas. Pero una mano detuvo mis pasos reteniéndome por el hombro. Era otro hombre, más mayor que el anterior. Estaba muy delgado, casi escuálido. Su espesa barba ocultaba las comisuras de su boca. Se dirigió a mí y profirió en un inglés inteligible:

– Tú no te vas todavía. Tenemos que comprobar la autenticidad de la cocaína. No sería la primera vez que nos dan gato por liebre.

No me atreví a decir nada, me limité a seguirlo hasta en interior de la casa, como el me instó a hacer con un gesto. Cogió uno de los saquitos de cocaína y vertió una pizca de esta en un pequeño papel. Esnifó la raya de cocaína y estornudó violentamente. Después montó en cólera y comenzó a maldecir en árabe. A continuación gritó en inglés:

– ¡Eres un estafador! Esto no es cocaína, es una burda imitación con el mismo color. ¿Sabes lo que hacemos con los que nos timan?

Me comenzaron a temblar las piernas. Mi corazón quería salirse de mi pecho. Pensaba: “¿Qué me espera ahora?”.

El hombre mayor llamó al joven de antes y le ordenó llevarme hacia el sótano. Lo hizo en árabe, pero lo entendí por los gestos que hizo. El hombre joven me cogió

fuertemente por los brazos y me llevó en volandas con gran brutalidad hasta una habitación muy oscura. Me encerró allí y se fue.

Y así llevo unos cuantos días sin oír ni ver nada. Ahora lo comprendo todo. Frank y sus cómplices querían ganar dinero estafando a unos toxicómanos. Y han buscado a alguien que pagase las consecuencias de esa estafa. Ese alguien soy yo. Han cometido una estafa con alevosía. Me siento engañado y traicionado. Frank y yo nos conocemos desde la infancia, no sé cómo ha podido hacerme esto. Yo lo consideraba como una bellísima persona, pero me equivocaba. Sus ojos azules han sabido disimular con astucia la malicia que llevaba en su interior.

Ya nunca más volveré a ver la luz del día. Nunca más veré a mi familia. Me iré de este mundo sin tan siquiera haber visto una vez el rostro de mi segundo hijo.

Permaneceré encerrado hasta la muerte en este cuartucho lúgubre y maloliente. Empiezo a codiciar ese fin, pues mi sufrimiento se hace cada vez mayor.